

Artículo de investigación

Performatividad, agencia y lenguaje. El psicoanálisis como exceso abrumador de Judith Butler

Ariel Martínez¹**Correspondencia**
arieles21@hotmail.com**Filiaciones institucionales**
¹Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (UNLP/CONICET, Argentina)

Resumen

La teoría queer delineada por Judith Butler reconoce como pieza central la noción de performatividad, particularmente vinculada con la teoría de los actos de habla de Austin. Su relevancia teórica, que quiebra toda una tradición moderna de pensamiento, encuentra dificultades políticas cuando su construccionismo lingüístico borra la posibilidad de pensar una noción de agencia política fuerte. En el contexto de este problema teórico-político, se presentan los intentos de Butler por conciliar el reconocimiento y la afirmación de un límite al poder omnímodo del lenguaje en la constitución del sujeto, con su rechazo posestructuralista a admitir la existencia de un registro extradiscursivo. Cuando Butler acude al psicoanálisis para señalar aquella dimensión de exceso, capaz de descompletar la dimensión del sentido, se enfrenta con un marco teórico inconciliable respecto a los supuestos foucaultianos que sostienen su pensamiento.

Palabras clave

Judith Butler | psicoanálisis | agencia | lenguaje | cuerpo

Cómo citar

Martínez, A. (2020). Performatividad, agencia y lenguaje. El psicoanálisis como exceso abrumador de Judith Butler. *Revista de Psicología*, 19(2), 214-235. doi: 10.24215/2422572XE059

DOI

10.24215/2422572XE059

Recibido

20 dic. 2019

Aceptado

5 jun. 2020

Publicado

10 jun. 2020

Editor

Claudia E. De Casas (Facultad de Psicología, UNLP, Argentina) y Nicolás Alessandroni (Facultad de Psicología, UAM, España).

ISSN

2422-572X

Licencia

© Copyright: Martínez, A. Licencia de Cultura Libre [CC-BY 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/)

Entidad editora

RevPsi es una publicación de la Facultad de Psicología (Universidad Nacional de La Plata, Argentina)

**ACCESO ABIERTO**
DIAMANTE

Performatividade, agência e linguagem. A psicanálise de Judith Butler como excesso avassalador

Resumo

A teoria queer delineada por Judith Butler reconhece a noção de performatividade como uma peça central, particularmente ligada à teoria dos atos de fala de Austin. Sua relevância teórica, que quebra toda uma tradição moderna de pensamento, encontra dificuldades políticas quando seu construcionismo linguístico apaga a possibilidade de pensar em uma noção de forte agência política. No contexto desse problema teórico-político, são apresentadas as tentativas de Butler de conciliar o reconhecimento e a afirmação de um limite ao poder onipresente da linguagem na constituição do sujeito, com sua rejeição pós-estruturalista de admitir a existência de um registro extradiscursivo. Quando Butler vai à psicanálise para apontar essa dimensão do excesso, capaz de decompor a dimensão do significado, ele enfrenta um arcabouço teórico irreconciliável sobre as suposições foucaultianas que sustentam seu pensamento.

Palavras-chave

Judith Butler | psicanálise | agência | linguagem | corpo

Performativity, agency and language. Judith Butler's psychoanalysis as overwhelming excess

Abstract

Judith Butler's queer theory acknowledges as its central piece the notion of performativity, particularly linked to Austin's speech-acts theory. Its theoretical relevance, that destroys an entire modern tradition of thinking, finds political difficulties when its linguistic constructionism erases any possibility to conceive a strong notion of political agency. In the context of this theoretical-political problem, Butler's attempts at reconciling the recognition and affirmation of a limit in language's absolute power of constituting subjects, with her post-structuralist rejection to admit the existence of an extradiscursive realm. When Butler turns to psychoanalysis to point out that very dimension of excess, able to decomplete the dimension of meaning, she tackles an irreconcilable theoretical framework regarding the foucaultian assumptions that sustain her thinking.

Keywords

Judith Butler | psychoanalysis | agency | language | body

Aspectos destacados del trabajo

- La teoría de la performatividad exige a Judith Butler considerar aspectos extradiscursivos del cuerpo.
- La agencia política en el pensamiento de Judith Butler requiere una dimensión excesiva respecto al lenguaje.
- Conciliar conceptos psicoanalíticos con ideas de Foucault fracasa en el proyecto teórico-político de Judith Butler.
- Psicoanálisis y construccionismo social ofrecen vínculos entre contingencia e historicidad radicalmente diferentes.

A finales de la década del '90, Butler (1997a) se empeña en utilizar la teoría de los actos de habla, aunque articulada con la iterabilidad de Derrida. Este anudamiento es pieza clave de su versión de la performatividad derivada –aunque de forma problemática– del psicoanálisis para poder pensar el problema de la eficacia política del sujeto. Butler asigna a la mirada psicoanalítica un lugar capital en su argumentación. Es por este motivo que el presente artículo despliega diferentes líneas de indagación. Por un lado, interesan las contribuciones que Butler toma del psicoanálisis. Por otro lado, preocupan los deslices conceptuales en los que incurre Butler cuando intenta modelizar sus preocupaciones teóricas y políticas en torno a nociones tales como performatividad y agencia política. Como problema general, y transversal a los ya enunciados, se aborda la relación problemática entre cuerpo y lenguaje. Teóricamente, el construccionismo lingüístico radical de Judith Butler se traduce políticamente en la estrategia de resignificar discursivamente los marcos normativos, trastocar los límites que excluyen a amplias franjas poblacionales para garantizar, así, mayor reconocimiento. Contra este punto de mira anclado en la idea de comunidad, proliferan propuestas que proponen pensar una diferencia irreductible al lenguaje, una vertiente corporal que en su ajenidad radical aloja una potencia que no reconoce orden social alguno. Las implicancias políticas que se desprenden de allí conducen, no a reivindicar identidades para amplificar la pertenencia y el reconocimiento, sino a un intento de disolver la esfera social y sus categorías identitarias.

Como una derivación necesaria del propósito planteado, se presta especial atención a la forma en que actualmente las contribuciones que el psicoanálisis realiza al problema del sujeto, la historicidad y la eficacia política sintonizan con la fuerte crítica al construccionismo lingüístico que impregna el pensamiento de Judith Butler. El ataque a su punto de vista posestructuralista se fundamenta en el reclamo de agencia de la materia (Barad, 2007; Bennett, 2009). Así, se adjudica a Butler una concepción de cuerpo absolutamente diluido en los pliegues discursivos. Este artículo se propone explorar sectores de la teoría butleriana donde irrumpen aspectos del cuerpo problemáticamente vinculados con el lenguaje. Con todo,

sostengo la necesidad y relevancia de acompañar las reflexiones aquí presentes en torno a la compleja relación entre cuerpo y lenguaje –problema vertebral en la totalidad de este artículo– con mi lugar de enunciación. No todos quienes nos identificamos con términos identitarios aún hoy denostados desde el punto de mira heteronormativo tenemos el imperioso anhelo de ingresar a las instituciones que confieren reconocimiento. Siendo yo misma una académica marica me afirmo en una singularidad irreductible que reconoce en lo connotado como abyecto una forma de habitar el mundo. No reclamo una identidad que mejore mi membresía dentro de los límites de lo humano –y muchas amigas travestis que no cuentan con mis muchos privilegios tampoco lo hacen–, sino enfrentarme con aquello con lo que tropiezo cuando intento dar cuenta de mí mismo. La propuesta radica en una política de la desposesión ontológica como profundo sentido de lo queer... y el psicoanálisis allí nos espera.

Tal como exponen sus principales núcleos conceptuales subyacentes, diferentes versiones de la denominada teoría queer encuentran un punto de gesta convincentemente atribuido al desplazamiento transatlántico del pensamiento francés y su recepción heterodoxa en el contexto de la intelectualidad norteamericana. Los principales discursos críticos sobre identidad y sexualidad, articulados en la década de los '90, configuran un punto de decantación de procesos de desplazamiento, dislocación y apropiación de elementos conceptuales contenidos en la teoría crítica francesa iniciada en los años '60 (Boyle, 2012). El ríspido vínculo cultural y académico entre Francia y Estados Unidos se ha visto alterado, eventualmente, por lo que Cusset (2005) ha denominado como *malentendido estructural*. Contrariamente al sentido de error o traición respecto a una versión teórica original que podría sugerir la nominación de Cusset, se trata de transferencias altamente productivas de conceptos y términos desde un contexto simbólico a otro. Sin dudas, propuestas teóricas de pensadores como Lacan, Derrida y Foucault se conectan mediante este malentendido estructural con pensadoras como Kosofsky Sedgwick y Butler –entre muchas otras teóricas queer norteamericanas.

Con la publicación de *Gender trouble* a finales del siglo XX, Butler (1990) provocó un giro tanto teórico-político como onto-epistemológico delimitado progresivamente bajo la denominación de teoría queer. La noción de performatividad de género fue medular en la singularidad de esta propuesta. Si bien fue Sedgwick (1993) quien impulsó la noción de *performatividad queer*, el contexto semántico que le ha otorgado la densidad conceptual que hoy reconocemos y utilizamos encuentra sus raíces en el pensamiento de Judith Butler.

Descentrar los usos de la performatividad anudados a la filosofía del lenguaje y a la teoría de los actos de habla, y utilizarla para iluminar desde un ángulo novedoso categorías tales sexo, género y sexualidad, es, tal vez, uno de sus propósitos más notables y uno de nuestros desafíos más imperantes. De la mano de Butler, la noción de performatividad ha permitido, entonces, refigurar las vinculaciones entre sexo y género, puesto que este último –bajo el prisma de la performatividad en clave

butleriana— es concebido como un *hacer* y no en términos de *ser*. Así, la potencia política de este giro es clara, pues permite pensar la posibilidad de “deshacer los restrictivos conceptos normativos de la vida sexual y de género” (Butler, 2004b, p. 1).

A sabiendas de los usos metodológicos vinculados a su concepción discursiva de la realidad (Femenías y Casale, 2017), nos interesa aproximarnos al interés político de Butler (1997a) respecto de la teoría de los actos de habla. Su análisis del lenguaje como acción fue ampliamente criticado por abordar la teoría de los actos de habla de forma descontextualizada y deslindar la agencia política de forma simplificada. Intelectuales de la talla de Louis McNay (1999), por ejemplo, rechazan —aunque la mayoría de ellos adscriben a las líneas fundamentales de su filosofía—la forma en que valora per se los actos lingüísticos de resignificación como inherentemente subversivos. Sin embargo, a partir de reconocer los límites que la teoría de Austin (1962/2008) tiene para sus propósitos, Butler introduce un análisis de la subjetividad incardinada¹ novedoso y disruptivo para el contexto de ese momento de su producción. Tal propuesta opera como una prótesis para su teoría performativa de raigambre eminentemente lingüísticamente que nos enfrenta con otra dimensión problemática para el impulso que el giro lingüístico imprime a su pensamiento.

1. Utilizamos el término ‘incardinación’, tal como circula frecuentemente en la literatura feminista, para referir al reconocimiento de la dimensión material, corporal de la subjetividad encarnada.

Performatividad y agencia: tensiones teórico-políticas

A finales de la década de 1990, Butler (1993, 1997a) considera la iterabilidad derrideana. Afirma que los efectos del discurso pueden exceder el contexto de su enunciación, por lo que cualquier acto de habla tiene el poder performativo de instituir, y también de clausurar, significados. Butler se preocupa por la posibilidad de que la censura —entendida como la restricción del habla y la regulación de la conducta— sea capaz de limitar los significados a partir de los cuales el sujeto injuriado puede resignificar los agravios a través de la re-apropiación del discurso de odio que le hizo daño. Por ese motivo, Butler vincula de forma políticamente relevante la performatividad con la idea de agencia. En la búsqueda de ese objetivo, Butler intenta conservar las ventajas propias de la performatividad lingüística pero, al mismo tiempo, trascender sus límites.

Butler señala que “la disyunción entre enunciado y significado es la condición de posibilidad para la revisión de lo performativo” (Butler, 1997a, p. 87). Butler vincula esta disyunción con las ideas de *infelicidad* (Austin, 1962/2008) y de *iterabilidad* (Derrida, 1967/2000), ambas permiten pensar el hecho de que “los enunciados performativos pueden fallar, ser aplicados o invocados de manera no esperada, es esencial para su ‘propio’ funcionamiento” (Butler, 1997a, p. 151). Cuando ignoramos este carácter, y entendemos que la intención discursiva realiza de manera unívoca y soberana el efecto propuesto sobre el destinatario, apelamos, señala Butler, a una “fantasía de acción soberana (...) de alguien que realiza inmediatamente lo que dice” (Butler, 1997a, p. 12).

Butler distingue entre actos ilocucionarios soberanos y actos perlocucionarios que,

en su opinión, son más susceptibles a la infelicidad austiniana. Butler conserva la categoría de actos perlocucionarios como pieza clave de su teoría de la performatividad porque tales actos de habla son, nos dice, inherentemente ingobernables y, por lo tanto, adquieren pertinencia política al desafiar e incluso desarticular la soberanía de un enunciado. Esto es posible debido a la iterabilidad inherente a la perlocución:

el intervalo entre instancias de enunciación no sólo hace posible la repetición y la resignificación, sino que muestra cómo las palabras pueden, con el tiempo, disociarse de su poder de herir y recontextualizarse en modos más afirmativos (*Butler, 1997a*, p. 15).

La iterabilidad intrínseca a los actos de habla guarda en sí la potencialidad de socavar la realización de las intenciones de los performativos ilocucionarios. Aparentemente Butler nos enfrenta con una forma de agencia no-voluntarista que no pierde su carácter subversivo. Ella se aleja de una idea de agencia centrada en la restauración de una autonomía soberana en el habla.

Por un lado, Butler considera el potencial subversivo de resignificación, así destaca:

la revalorización de términos como ‘queer’ sugiere que el discurso puede ‘regresar’ a su hablante en una forma diferente, puede ser citado en contra de sus fines originarios, y realizar efectos contrarios (*Butler, 1997a*, p. 14).

Por otro lado, sorprendentemente, Butler refiere a esta resignificación como estrategia desde la cual pueden desprenderse efectos previsibles. Así, la apropiación contextual y contingente del acto de habla parece adquirir fuerza intencional, como si fuese posible encausar políticamente el carácter ilocucionario –algo difícil de pensar desde la teoría de la iterabilidad derrideana. Butler menciona que “la palabra que hiere deviene instrumento de resistencia en la redistribución que destruye el territorio previo a su funcionamiento” (*Butler, 1997a*, p. 163). También señala que “la apropiación indebida de la fuerza del lenguaje injurioso para contrarrestar sus operaciones injuriosas” (*Butler, 1997a*, p. 41). Nos enfrentamos a dos tipos de apropiación, aquellas que se limitan a repetir, poner en acto nuevamente una intención, y aquellas expropiaciones o apropiaciones indebidas que rompen (¿intencionalmente?) con ese origen. Butler señala, después de todo, que “la resignificación del lenguaje requiere la apertura de nuevos contextos, hablar en formas que aún no han sido legitimadas, y por lo tanto la producción de lo legítimo en formas nuevas y futuras” (*Butler, 1997a*, p. 41). No es difícil advertir que los efectos impredecibles propios del lenguaje, que nos prometen una agencia sin un sujeto voluntarista, se derrumban frente a una intencionalidad que puede poner a su servicio aquella potencia.

Butler divide la repetición propia de la iterabilidad, por un lado, y la diferencia, por otro. Si la iterabilidad implica oscilación entre mismidades –repetición sin deslizamiento radicalmente diferenciante–, la diferencia –en tanto *différence*– supone deslizamiento mediante resignificación sin reinscripción normativa. Ahora

bien, ¿qué condiciones aseguran aquel deslizamiento que provoca apertura a la reinterpretación? Todo parece indicar que la iterabilidad butleriana no confiere desplazamiento a cualquier repetición. En su versión, la iterabilidad deja de operar en el caso especial de los *performers* que bajo la intención de apropiarse del acto de habla con fines subversivos reinscriben tales actos bajo los términos normativos circulantes. El carácter insurrecto de aquella diferencia que permite desplazamiento parece develarse cuando opera una resignificación que rescata la potencia subjetiva del lugar de mero objeto producido por la aparente carga omnímoda de la norma y su discurso injurioso. Entonces aquellos marginados o abyectos parecen estar más próximos, en las ideas de Butler, a la posibilidad de agencia política. Después de todo ella misma reconoce que “la agencia se deriva de la injuria, y la injuria se contrarresta a través de una derivación” (Butler, 1997a, p. 41). La posibilidad de agencia requiere, entonces, localizaciones abyectas de sujeto capaces de asumir el compromiso performativo de torcer la convención. A pesar de que los efectos no sean calculables, es claro que la intencionalidad y el voluntarismo configuran un residuo del que Butler no puede deshacerse a la hora de pensar formas de agencia al margen de la espina moderna clavada en el sujeto. Butler parece no renunciar a la “fantasía” de acción soberana que, como señalamos antes, la misma Butler señala críticamente.

Berger (2016) advierte que la teoría de la performatividad butleriana se encuentra teñida de un voluntarismo ocasional. La posibilidad subversiva de parodiar otras formas genéricas posibles mediante performances insurrectas se encuentra en lo intencional y lo performativo. Queda claro que el acto intencional comandado por un sujeto soberano contradice su concepción posestructuralista del sujeto. Es a partir de este problema que Butler acude a los desarrollos de Derrida sobre la iterabilidad, para quien la marca excede el contexto de su inscripción. Esto habilita la posibilidad de la recontextualización sin una dirección de reinscripción previamente determinada. La performatividad de género se concibe, luego de Derrida, como actos de reiteración de las normas que no pueden ser jamás la manifestación de una intención soberana. Y la reiteración, señala Butler (1993), es condición tanto de la continuidad como de la transformación de las normas, y tales transformaciones pueden suscitarse tanto por el uso o alteración por el paso del tiempo, como por reinscripción desplazada y desplazante.

Como fuere, si la iterabilidad butleriana pretende delinear la potencia subversiva de una agencia sin sujeto voluntario, sólo nos encontramos con ella inicialmente. Luego de la apropiación inicial del enunciado la agencia se desvanece en el mismo momento en que el destinatario imprime intenciones subversivas a través de una pretendida (re) significación ya encriptada en la norma. De hecho, cuando afirma que “el discurso insurrecto se convierte en la respuesta necesaria al lenguaje injurioso (...) una repetición en el lenguaje que fuerza al cambio” (Butler, 1997a, p. 163), sugiere que la función no voluntarista de la iterabilidad no discurre tanto por aquel discurso que realiza sus intenciones subversivas, sino por aquel discurso que ejerce cierta autonomía soberana al efectuar una repetición que fuerza al cambio. En varios momentos de su producción Butler reconoce que la iterabilidad no se vincula con el poder soberano

de un hablante de abrir o cerrar contextos, de legitimar o deslegitimar significados. Toda significación es citacional, entonces opera repitiendo y rompiendo simultánea e impredeciblemente los contextos previos que sostienen la reinstalación de la norma.

Es sabido las fuertes críticas lanzadas contra Butler (1990) debido a la forma de agencia voluntarista que emerge en el segmento temprano del pensamiento de la autora. La forma de lidiar con las críticas parece ser un sutil deslizamiento, no reconocido explícitamente, desde una formulación de agencia que implica control voluntario hacia una formulación un tanto más cautelosa que abraza la iterabilidad. Aún así, la autora no puede desembarazarse completamente de una teoría de la performatividad que reinscribe la acción soberana como la garantía política de su concepción de agencia. Butler concibe la posibilidad de un acto unilateral y creativo capaz de inaugurar performativamente posibilidades no disponibles hasta el momento. De este modo vincula la posibilidad de conseguir resultados políticos subversivos con propósitos voluntarios emergentes de la condición marginal y abyecta. Así, Butler cavila entre la imposibilidad de gobernar el habla y una formulación peculiar de agencia performativa.

Butler necesita que su teoría acumule fuerza política, por este motivo avanza sobre una versión más potente de agencia. La dificultad radica en cercar una noción de agencia completamente al margen del control voluntario, sólo de ser posible nos enfrentaríamos a la posibilidad de una acción políticamente subversiva contenida –aunque de un modo ingobernable– en cada acto. Esta sofisticación teórica conlleva problemas políticos, puesto que confiar en la iterabilidad no ofrece de ninguna manera garantías respecto a un resultado políticamente esperable o conveniente. A menos que exista una forma especial de agencia performativa donde la iterabilidad pueda aplicarse selectivamente, el argumento de Butler pierde su fuerza política. Irónicamente, la importancia teórica de la iterabilidad, a la que Butler apela, excluye precisamente el tipo de política que alienta en sus propios escritos, aquella donde el destinatario del discurso de odio posee fuerza soberana mediante intenciones políticamente subversivas.

Butler pone distancia entre dos formas de agencia. Una de ellas, teóricamente conveniente para deshacerse del voluntarismo, vinculada con la noción de iterabilidad, aunque resulta débil políticamente. Otra, implica directamente el problema de la intencionalidad y el voluntarismo, aunque articula una forma especial, fuerte, de agencia política para sujetos. Butler necesita la mutua presencia de ambas vertientes, y como forma de anudarlas propone su teoría de la performatividad incardinada, la cual no abandona la performatividad lingüística e intenta saldar las críticas de reduccionismo lingüístico y del voluntarismo. Nos dice:

si la agencia no se deriva de la soberanía del hablante, entonces la fuerza del acto de habla no posee fuerza soberana. La ‘fuerza’ del acto de habla está, aunque incongruentemente, relacionada con el cuerpo cuya fuerza es desviada y transmitida a través del discurso (Butler, 1997a, p. 39).

Sorprendentemente, Butler esgrime su idea de agencia como acto de habla

incardinado. Esta perspectiva adjudica fuerza soberana al cuerpo mostrando, así, los límites del lenguaje a la hora de subsumir aquel resto corporal que excede al ámbito de la representación. ¿Qué autoriza este movimiento hacia el acto de habla encarnado, qué ventajas tiene, y qué desafíos presenta para una teoría de la acción política?

Cuerpo y exceso: entre materialidad y significación

La fuerza performativa que aporta valencia política a la capacidad de agencia no puede reducirse al ámbito del lenguaje. Butler se da cuenta de este límite discursivo y, pese a sus vínculos apasionados con el giro lingüístico, se interroga “¿en qué consiste la ‘fuerza’ de lo performativo, y cómo puede ser entendida como parte de la política?” (Butler, 1997a, p. 141). Para aproximar una respuesta, Butler intenta articular su teoría de la performatividad política encarnada, donde anuda un constructivismo historicista, la mirada deconstruccionista y su interpretación del psicoanálisis.

Butler traza primero una objeción psicoanalítica que genera una inflexión en las críticas que la acusan de incurrir en lingüisticismo. Butler requiere algún afluente de fuerza performativa localizado fuera del lenguaje que contrarreste la posición de Derrida donde la fuerza performativa reside dentro del incontestable carácter estructural del lenguaje mismo, pues desde su punto de vista la iterabilidad es una característica estructural de toda marca. Desde mi punto de vista, Butler se interesa en la iterabilidad porque detecta allí un insumo teórico que permite pensar la performatividad como una forma de desarticular las condiciones que los sujetos mismos han establecido, la performatividad bajo las claves de la iterabilidad permite pensar la posibilidad de la transformación, la ruptura de contextos previos y la posibilidad de inaugurar contextos futuros. De forma sorprendente, Butler señala que la iterabilidad derrideana que conecta la fuerza performativa con la estructura del lenguaje debe someterse a examen crítico debido a su “interpretación excesivamente formal de lo performativo” (Butler, 1997a, p. 151). Es allí cuando Butler localiza al cuerpo como lugar de resistencia. Nos dice:

El cuerpo no es simplemente la sedimentación de los actos de habla por los cuales se ha constituido. Si esa constitución falla, una resistencia encuentra interpelación en el momento en que ejerce su demanda; entonces, algo excede la interpelación y este exceso se vive como el exterior de la inteligibilidad. Esto se hace evidente en la forma en que el cuerpo excede retóricamente el acto de habla que realiza (Butler, 1997a, p. 155)

Así, vemos la idea butleriana de la performatividad incardinada como forma de mostrar capacidad de resistencia. A esta idea comienzan a anudarse la idea de un cuerpo que excede retóricamente el acto de habla performado, es decir la sospecha de que un cuerpo es más que actos de habla. Butler ofrece la idea de *quiasmo* (Vacarezza, 2011; Campagnoli, 2013). Se trata de una compleja vinculación entre materialidad y significación, donde ninguna dimensión antecede causalmente, ni

deviene fundamento de la otra. Se trata de una tensión que nos obliga a repensar las vinculaciones que el pensamiento occidental a tejido en torno a tales componentes, a tal punto de cuestionar la distinción ontológica entre ambos. La problematización explícita de la tensión entre materialidad y lenguaje atraviesa toda la obra temprana de Butler (*Martínez, 2015a*). La idea de quiasmo es sugerida por la autora, pero su potencia onto-epistémica no es llevada hasta sus últimas consecuencias, sin embargo abre una vía de análisis prometedora respecto a pensar la forma en que la materialidad, en general, y el cuerpo, en particular, cuentan de manera significativa en la producción del sujeto por fuera del carácter determinista y fundacionalista con que el posestructuralismo suele pensarlos (*Barad, 2007; Bennett, 2009*).

El quiasmo es epistemológicamente novedoso. Clark (*2001*) sugiere que el quiasmo exige múltiples relaciones complejas y conflictivas. Supone un cambio e intercambio, y por tanto una disolución y redefinición, entre los componentes que la mirada aún no perturbada por la episteme quiasmática puede diferenciar. El quiasmo requiere que nos detengamos para confundirnos y redefinir tales términos, y repensar las relaciones implicadas inicialmente en la colisión. El quiasmo nos obliga a detenernos, a confundir definiciones y relaciones, a enfocarnos no solo en las definiciones, las dificultades, las omisiones, las sustituciones, sino especialmente en las complejas relaciones sugeridas que van mucho más allá de la simple identidad, oposición y sustitución involucradas en los intercambios iniciales. Parte de las estrategias retóricas que giran en torno al quiasmo admiten la convertibilidad de los términos. Clark señala cómo el principio de conmutación prueba la identificación de atributos presentes en los componentes hasta ese momento disyuntos. De hecho, sugiere que la estructura formal del quiasmo alienta, a veces incluso obliga, la colisión de los términos circulantes.

La identificación entre polos antitéticos y opuestos hace del quiasmo un operador que traza relaciones múltiples y complejas que redefine bajo espacialidad y topologías virtuales relaciones lineales de la temporalidad que el lenguaje impone. Sin embargo, no podemos lidiar con tal complejidad. Por lo tanto basta con sugerir que materialidad y significación deben considerarse en un cruce donde ninguna de las dimensiones tiene prioridad ontológica sobre la otra. Se trata de cruce que no obedece al ordenamiento en un 'antes' y un 'después' o entre una imagen y su reflejo. Ambos componentes transcurren en paralelo, pero requieren de un cruce que nos enfrenta con el requerimiento de que ninguna de ellas podría existir sin la otra, a pesar de no poder reducirse en la otra. Esta comunicación ambigua y necesaria entre el carácter irreductible de la materialidad y la significación configuran el corazón de la formulación quiasmática de esas relaciones sugiere que nuestros intentos de resolverlas, que han demostrado ser insatisfactorios, deben permanecer insatisfechas. En resumen, de un modo u otro, el quiasmo nos obliga a enfrentar su intratabilidad.

Bajo la idea de quiasmo, Butler parece admitir que el discurso requiere de un componente corporal, lo cual parece vincularse con el modo en que el discurso que interpela tiene claros efectos corporales. En reiteradas ocasiones Butler enfatiza los profundos efectos del lenguaje, incluso, afirma, puede literalmente, corporalmente,

producir heridas. El sujeto hablante se encuentra literalmente incardinado. El lenguaje requiere de una dimensión carnal que provee la agencia propia de los actos de habla, pero también expone el carácter vulnerable a la fuerza hiriente del discurso de odio –un costado corporal que convive con su potencia de subvertir las estrategias normativas que buscan regular al sujeto. Para Butler, el cuerpo hablante entraña una dimensión de exceso capaz de subvertir y resistir, también de sufrir, la interpelación.

Es preciso destacar que esta preocupación por la dimensión carnal del cuerpo anticipa un tratamiento del tema mucho más en profundidad por parte de nuestra autora (Johnson, 2005). Butler (2004a) asume la preocupación y el compromiso político de pensar la violencia que irradia de los marcos normativos y que toma por objeto la precariedad del cuerpo. Partiendo de las ideas de Cavarero (2000) sobre la vulnerabilidad ontológica a la que nos somete la dimensión carnal del cuerpo, puesto que siempre estamos expuestos a la herida del otro, Butler expone “las condiciones bajo las cuales ciertas vidas humanas son más vulnerables que otras, y por lo tanto ciertas vidas humanas son más lamentables que otras” (Butler, 2004a, p. 30). Así se pregunta por qué no podemos llorar a ciertos muertos, aquellos quienes luchan con la imposición social de principios de inteligibilidad que participan en la definición de lo humano, con valores normativos y “naciones culturalmente viables de lo humano” (Butler, 2004a, p. 35). En otros sectores de su producción, Butler (2009) se esfuerza por decir que no está pidiendo simplemente una inclusión cálida y difusa de subjetivos excluidos en los esquemas normativos violentos que operan en la configuración de la esfera simbólica (Schippers, 2014). Butler reclama “una insurrección al nivel de la ontología” (Butler, 2004a, p. 33) como forma de trastocar los términos que hacen que algunas vidas no valgan la pena ser vividas, las de quienes no son absorbidos por las “naciones culturalmente viables del ser humano” (Butler, 2004a, p. 33).

Como fuere, la teoría de la performatividad incardinada nos enfrenta con un resto corporal. Butler apela a Felman (1983) para encontrar argumentos psicoanalíticos contra un formalismo lingüístico excesivo. Butler lee en Felman que “el acto de habla es un acto corporal, y (...) la fuerza de lo performativo nunca es completamente separable de la fuerza corporal (...) el acto de habla es a la vez corporal y lingüístico” (Butler, 1997a, p. 141). Felman propone que el acto de habla siempre excede su significado debido a motivaciones inconscientes. Felman (2003) refiere al cuerpo hablante. Según ella los actos de habla que descansan en la noción de performatividad pertenecen indiscutidamente al dominio del psicoanálisis. Cuerpo e inconsciente se anudan inextricablemente, los actos corporales, señala Felman, no saben lo que hacen. Esta mirada subvierte de plano el voluntarismo y la intencionalidad ligadas a ciertas concepciones del lenguaje.

El psicoanálisis, en la versión de Felman, enfrenta a Butler con una dimensión corporal no considerada –al menos no de este modo– hasta el momento. Sólo la posibilidad de deslindar un resto corporal que cae por fuera de los límites del discurso, o de la égida de la representación, le permite afirmar que:

el cuerpo se convierte en signo de desconocimiento precisamente porque sus

acciones nunca son totalmente dirigidas de manera consciente o voluntaria (...) ese cuerpo, sin saberlo, marca el límite de la intencionalidad en el acto de habla (Butler, 1997a, p. 10).

Aún así, el posicionamiento posestructuralista de Butler se hace lugar en sus ideas. Si bien admite una dimensión corporal excesiva respecto al lenguaje, su objetivo último es mostrar que la intencionalidad siempre se quiebra. Esto la vincula a Felman en particular, y al psicoanálisis en general, de forma lábil. Felman señala que todo discurso supera sus intenciones en virtud de determinantes inconscientes, pero Butler quiere encontrar una fuerza performativa en el cuerpo hablante. Afirmar la existencia de un cuerpo hablante –la idea de quiasmo señalada anteriormente va en esta dirección– no refiere exactamente a la idea de cuerpo e inconsciente que señala Felman. El hecho de que Butler piense al cuerpo como hablante la conduce a enfatizar la pregnancia del carácter discursivo y así nos muestra un reconocimiento tenue de los límites del lenguaje. Butler siempre resuelve la tensión materialidad-lenguaje optando por el segundo cuerno del dilema.

Entonces, por momentos la dimensión excesiva del cuerpo refiere simplemente al hecho de que el cuerpo no es lo mismo que el lenguaje. Este resto corporal esbozado no es llevado hasta sus últimas consecuencias por Butler: reconocer ontológicamente la existencia de un estatus corporal extra-discursivo. Este resto corporal se resuelve de una forma decepcionante, como instrumento por el cual se articula el lenguaje. En otros momentos, aún más decepcionantes, el cuerpo como exceso se refiere a un lenguaje corporal que revela motivaciones diferentes a las reconocidas por quien se encuentra incardinado en ese cuerpo hablante. Finalmente, Butler sugiere que el cuerpo de alguna forma excede las intenciones de los otros hablantes. Claramente, el exceso butleriano no es el exceso que el psicoanálisis de Felman (2003) nos exhorta a sostener. Para Felman cada significación se produce y se apoya en un exceso inherente a la significación misma, y, justamente, es ese exceso el que imposibilita las intenciones del sujeto. Para Butler, en cambio, el fracaso del significado intencionado señala un cuerpo que escapa a esta constricción. Es decir, el cuerpo está fuera respecto de, o es un exceso para, el habla, pero el cuerpo es capaz de articular significados que contradigan los significados del habla. Al ser legibles y recuperables no comparten el registro en el que Felman localiza el exceso. Para Felman el exceso es irreductible, para Butler no lo es (Martínez, 2015b).

La lectura posestructuralista que Butler realiza de la perspectiva psicoanalítica de Felman no refiere a la capacidad del cuerpo de expresar sentidos inconscientes o de resistir a la interpelación. Los actos de habla incardinados exceden las intenciones de los hablantes porque los otros pueden interpretar de formas impredecibles o ingobernables. Esta teorización de un exceso cabalmente adherido y producido en el ámbito de la significación –aún cuando está impregna y produce los gestos corporales– es una muestra más del modo en que Butler echa mano al psicoanálisis:

un conjunto de herramientas conceptuales que gravitan sobre la posibilidad de explicar la producción normativa del sujeto. Por tomar una expresión acuñada por Lacan (1988b), aquel exceso ineludible, irremediable y no simbolizable, al que Felman refiere, subsiste en el registro de lo Real. Felman insiste en la imposibilidad de acceder a las intenciones del hablante, Butler trueca aquella inaccesibilidad propia de lo Real en una garantía para la recuperación de significados subversivos, incluso aquellos encubiertos o inconscientes. Butler utiliza categorías provenientes del psicoanálisis, pero esto deviene mera jerga cuando Butler abraza la contingencia radical que alimenta un historicismo incompatible con la dimensión de exceso inherente a todo acto de habla.

Exceso, contingencia y formación del sujeto

El hiperconstruccionismo de Butler (*Femenías, 2003*) le impide considerar el aporte propiamente psicoanalítico al no comprender o aceptar el registro en el que se aloja el exceso. Cada declaración siempre se excede a sí misma, y todo enunciado se vincula con la relación entre hablante y oyente, pues el oyente siempre quiere saber, aunque no puede, las intenciones que el hablante se propone mediante el habla. Nada que el propio discurso pueda promover resolverá la naturaleza intrínsecamente indeterminada de este exceso perturbador, cada intento de aclarar, tranquilizar o explicar es perseguido por el fantasma del hablante –imposible de ser inmovilizado en el lenguaje.

El exceso deja de ser pieza clave para la indeterminación, respecto de la intención del hablante, cuando Butler sugiere la posibilidad de despojar la ambigüedad a partir de leer la verdad de los gestos corporales. Si Butler piensa que algunos enunciados específicos no generan o contienen este exceso se debe a la exigencia política que genera su concepción respecto a la producción de sujetos abyectos (*Rothenberg, 2010*). La preocupación butleriana en torno a la agencia radica en la posibilidad de explicar cómo sujetos aparentemente impotentes pueden producir un cambio o giro trópico (*Butler, 1997b*). Su compromiso –francamente político– con esta perspectiva la torna sensible ante cualquier explicación teórica que produce al sujeto como víctima sin considerar la agencia crítica. Butler afirma que los sujetos se forman a través del lenguaje, pero aquellos sujetos que caen por fuera del reconocimiento normativo parecen tener el privilegio de controlar el exceso de los enunciados. Esta es la única vía que Butler encuentra para conferir capacidad agencia y acción a la abyección. Una vez más abrazar una concepción fuerte de agencia la conduce a concepción teórica débil respecto a la fuente y al papel de la significación en la formación del sujeto.

Judith Butler, entre tantas otras intelectuales norteamericanas de finales del siglo XX, ha articulado su pensamiento respecto a la relación entre sujeto y lenguaje a partir del modo en que Foucault aborda el problema del sujeto como efecto discursivo. El poder discursivo produce al sujeto independientemente de las intenciones del sujeto producido. Este poder productivo conduce a Foucault a la necesidad de afirmar que toda escenificación del poder incluye su propia resistencia. Más allá del modo

en que estas consideraciones hacen a un lado al voluntarismo y del modo en que se deslinda la resistencia, a Butler le preocupa cómo Foucault diluye demasiado al sujeto en un conjunto de elementos positivos que circulan por el discurso. Intelectuales provenientes del campo del psicoanálisis, como Copjec (2015) y Žižek (2006), jamás admitirían que el sujeto es un efecto unilateral de los discursos que le anteceden, por ello abogan por un proceso de subjetivación que replantee en términos psicoanalíticos el planteo de Foucault.

Butler busca un modo de conmovir políticamente el campo historicista de positividads sobredeterminadas que Foucault deja entrever. Por ello señala que:

cualquier esfuerzo de la interpelación o de la constitución discursiva está sujeta al fracaso, atormentada por la contingencia, en la medida de que el discurso deja invariablemente de totalizar el campo social (Butler, 1993, pp. 191-192).

En su opinión, sólo la teoría psicoanalítica explica el fracaso de la totalización. Allí encuentra la posibilidad de teorizar la participación del lenguaje en la constitución de un sujeto no absolutamente determinado, un sujeto capaz de encarnar alguna forma de contingencia. Butler deriva explícitamente del psicoanálisis el anudamiento entre contingencia e historicismo en la formación del sujeto como horizonte que guía su concepción de la producción de un sujeto con capacidad de agencia sin perder relación con la significación.

Cualquier intelectual dedicado sistemáticamente a una exégesis del pensamiento butleriano es capaz de advertir el error cometido cuando se localiza a la pensadora norteamericana como una detractora del psicoanálisis. Butler se vincula apasionadamente con ideas provenientes del psicoanálisis, ve allí el alcance de una complejidad, cuando se trata de dar cuenta del sujeto, no alcanzada por ninguna otra matriz de pensamiento contemporánea. Sin embargo, Butler no se preocupa por los contextos semánticos de los que extrae las categorías que utiliza para componer, retóricamente, sus argumentos. Butler tampoco descuida el ahistoricismo del psicoanálisis, por lo que muestra cautela utilizando aquellos conceptos que, aún luego de arrancarlos de su vinculación con las premisas a priori fundamentales del psicoanálisis, son capaces de gravitar en torno al imperio absoluto de la significación –que Butler ancla en su interpretación de Foucault. Butler detecta en la noción de castración una forma universal y ahistórica de falta. Desde esta crítica, pero sin renunciar a los aportes del psicoanálisis en torno al sujeto, los aportes de Judith Butler señalados pueden entenderse como un intento por labrar una versión de la falta capaz de ser historizada.

Butler vincula la falta con la exclusión, la cual produce un reino indecible como condición para la producción del sujeto, pero esta falta es históricamente producida. Esta interpretación de la falta, y su vinculación con el sujeto dentro del espectro del historicismo, alimenta su argumento respecto al lugar productivo y fundante de la censura:

Aunque el sujeto ingresa en la normatividad del lenguaje, el sujeto existe sólo como una ficción gramatical antes de tal ingreso. Además, como Lacan y los lacanianos han argumentado, la entrada en el lenguaje tiene un precio: las normas que rigen la creación del sujeto hablante diferencian al sujeto de lo indecible, es decir, producen un indecible como la condición de la formación del sujeto (*Butler, 1997a*, p. 135).

Butler entiende por forclusión un modo de explicar la operación de producción del sujeto, una operación que excluye, que deja fuera por completo. Desde allí explica cómo el sujeto emerge a partir de tal operación, que opera como límite de lo decible y condición de existencia:

La condición para la supervivencia del sujeto es precisamente la forclusión de aquello que amenaza de forma fundamental al sujeto; por lo tanto, la ‘barra’ produce la amenaza y al mismo tiempo la defensa contra ella (...) Actuando en el lenguaje la viabilidad del sujeto se hace posible, la viabilidad se mantiene en su lugar por una amenaza que produce, y al mismo tiempo defiende contra, una cierta disolución del sujeto. Si el sujeto habla de forma imposible, habla en formas que no pueden ser consideradas como habla o como discurso de un sujeto, entonces el discurso se descarta y la viabilidad del sujeto se pone en cuestión (*Butler, 1997a*, pp. 135-136).

La forclusión, entendida por Butler como operación constitutiva del sujeto, no tiene lugar de una y para siempre, debe repetirse para reconsolidar su poder y eficacia (*Butler, 1997a*, p. 139). De esta manera, Butler imagina que el sujeto podría apropiarse de discurso, “volver a dibujar la distinción entre lo que es y no es decible” (*Butler, 1997a*, p. 139).

Esta concepción de forclusión permite a Butler vincular la noción de una exclusión constitutiva de la subjetividad con la exclusión del orden simbólico en tanto orden político. El acto político de apropiarse de lo indecible puede dar lugar a la inclusión política de los desposeídos y marginados, es decir de localizaciones de sujeto abyectas. Entonces, desde el punto de vista de Butler, el sujeto puede acceder a lo que la forclusión excluye, y esto se debe a que el sujeto es capaz de “volver a trazar la distinción entre lo que es y no es decible” (*Butler, 1997a*, p. 139). El sujeto butleriano puede transformar las condiciones mismas de la formación del sujeto mediante capacidad de agencia política. Lo que se ha excluido puede ser incluido, el sujeto abyecto puede acceder al centro simbólico donde se libra la distribución del reconocimiento. Así, Butler huye del quietismo político que lee en posicionamientos que no hacen lugar a la historicidad y a la contingencia, al afirmar que:

la apropiación de tales normas para oponerse a sus efectos históricamente sedimentado constituye un momento subversivo en la historia, el momento en que se funda un futuro a través de la ruptura con el pasado (*Butler, 1997a*, p. 159).

Digámoslo de una vez, el principal foco de conflicto con el que Butler se topa como categoría inadmisibles refiere al registro de lo Real. El rechazo se recrudece cuando tal registro involucra la diferencia sexual. Admitir la existencia de un registro no disponible para la simbolización no es compatible con su proyecto político, el cual depende del ámbito de la significación bajo dominio discursivo. Butler sospecha respecto de aquello que bajo la certeza de la imposibilidad de ser simbolizado oculta un contenido político que la teoría contribuye a invisibilizar. También, este axioma psicoanalítico vuelve, de algún modo, estéril la potencia política de su teoría performativa, pues pone un franco e insuperable límite a las posibilidades de resignificar los términos de inteligibilidad que delimitan las posiciones de sujeto. Lo Real, ante los ojos de Butler, conduce las posibles reconfiguraciones a un mismo límite, entendido como normativo y prohibitivo.

Para Butler, lo Real es un marcador de aquello que se excluye de la potencia transformadora del discurso, por tanto, opera como muralla normativa que salvaguarda la posibilidad de transformar radicalmente lo simbólico y lo inteligible. No llama la atención que, desde aquí, cualquier noción sobre sexualidad y sujeto que gravite en torno a lo Real sean entendidos como normativos y prohibitivos. Lo Real, entonces, lejos de señalar la diferencia sexual, refiere a sexualidades prohibidas. Así, el psicoanálisis que respecta el límite infranqueable de lo real deviene, necesariamente, normativo ante los ojos de Butler, pues supone inscribir la diferencia sexual bajo la égida de una Ley políticamente intratable. La concepción posestructuralista de Butler, subsidiaria del giro lingüístico, no reconoce la existencia de una Ley inquebrantable, más bien la entiende como una norma social factible de ser resignificada, a tal punto de concebir el fin de la diferencia sexual (Butler, 2004a) –algo que ningún exégeta del pensamiento lacaniano que acepte sus postulados admitiría.

Copjec (2015) asume una perspectiva psicoanalítica que la aleja del concepto de género, ya sea en la versión propia del fundacionalismo biológico presente en el grueso del pensamiento feminista, o en la versión posfundacionalista que vertebra a los estudios queer. En cualquier caso, aunque con diferentes grados de radicalidad, el protagonismo de la representación alimenta un construccionismo socio-cultural que opera como contracara de un historicismo que no reconoce límite en otro orden extralingüístico. Copjec señala la forma en que las miradas ancladas en este tipo de historicismo extraen su fuerza de un construccionismo social, cultural e histórico que supone un sujeto neutro en donde la sociedad, la cultura y la historia imprimen sus trazos. El psicoanálisis trata las cosas de una manera diferente, señala múltiples dimensiones no accesibles a la conciencia, es decir no reductibles al sentido, que operan en la constitución del sujeto.

El construccionismo social se preocupa por generar condiciones que permitan alterar la heteronormatividad del orden que interpela y produce al sujeto. Esta preocupación se desliza por la vía de las identidades, pues el carácter heteropatriarcal del orden simbólico, social o cultural opera como estructura en la que se encuentran los procesos de la construcción del sujeto. Por lo tanto, el sujeto sólo se vuelve inteligible bajo los

términos normativos de reconocimiento que se articulan bajo las identidades que forman parte de las taxonomías generadas y que, al mismo tiempo, sostienen tales dispositivos (Foucault, 1976/2008). Copjec advierte que esta perspectiva establece límites productivos sobre el sujeto. La teoría de la performatividad opera sobre este supuesto. El sujeto, sobre todos aquellos excluidos que caen por fuera de la matriz de inteligibilidad heterosexual (Butler, 1990), deben y pueden trastornar tales límites. Las identidades que la norma impone violentamente se sostienen en un mecanismo lábil y tenue, pues sus fundamentos no son sustanciales y, por ello, no cuentan con un sustrato natural que irradian un centro ontológico pétreo y clausurado. Las identidades son performativas, deben realizarse repetidamente en el tiempo.

Por otra parte, como señalamos, Butler piensa el carácter repetitivo de la performatividad bajo los términos de la iterabilidad. Ninguna identidad puede repetirse de forma idéntica, y por la imposibilidad de la repetición se cuele la diferencia y la subversión, se cuele. Joan Copjec (1989), con argumentos organizados en torno al pensamiento de Lacan, señala que esta forma de iterabilidad configura un tipo de repetición que produce una diferencia banal, mera variación. Si la repetición siempre entonces está presente siempre y este principio de semejanza confina la diferencia producida.

Copjec (2015) se interesa por la repetición que el psicoanálisis delimita. Se trata de la repetición anudada a la dimensión pulsional. Lejos de zanjar la cuestión a partir de la semejanza o del fracaso, Copjec advierte que la pulsión siempre se satisface con y en la repetición. Aún más, la pulsión no repite la positividad de otro término o instancia, sino que repite una diferencia, la diferencia entre el sujeto y él mismo. En suma, los dos tipos de repetición que pueden deslindarse en las consideraciones de Copjec refieren a registros diferentes. Uno de ellos a la positividad de las identidades, el otro a la negatividad perturbadora vinculada al placer. La sexualidad por la que se interesa Copjec, vinculada al principio de placer que rige la vida psíquica, no se limita la identidad del sujeto, más bien explica la producción de la estructura de la subjetividad como tal.

Reflexiones finales

Al mismo tiempo que Butler considera aportes del psicoanálisis, niega aquello que el psicoanálisis parece aportar: la posibilidad de pensar un exceso irreductible a la significación que señala una negación que es fuente continua de lo indeterminado. Su particular interpretación de Foucault la instala de absolutamente en el campo de la significación lingüística. Sin embargo, a criterio de Butler, el carácter positivo de los significados lingüísticos no producen omnipotentemente al sujeto –esto supondría afirmar el carácter ilimitado de las normas que rigen la producción del sujeto hablante. En suma, Butler se topa con esa dimensión de exceso que pone límite a la fuerza productora omnímoda del discurso –capaz de arrasarse con la agencia política de lo performativo–, pero no acuerda con que tal exceso sea radicalmente ajeno a los juegos del lenguaje. Si la mirada psicoanalítica no va por los carriles de la

positividad del sentido, el modelo foucaultiano no admite una exclusión que señale una exterioridad respecto de la norma. Para labrar una teoría de la performatividad que contemple una noción de agencia política fuerte, Butler necesita elementos de ambas miradas, pero conciliarlos parece una tarea complicada tanto en el plano teórico, como político.

Isabell Lorey (2017) observa que frente al aporte foucaultiano que distingue el poder jurídico-discursivo de aquel poder en su dimensión estratégica. Ésta última deja en claro que la noción de Ley no necesariamente debe conformar el centro de un modelo teórico. Cuando Foucault enfatiza que el poder está en todos lados y que no hay un afuera nos quiere decir que debemos concebir la existencia primera de un punto central. Foucault no se interesó en la productividad de un poder Ley que establece una direccionalidad en su ejercicio y que, en esa dinámica, funda un arriba y un abajo. Sin embargo, Butler queda adherida a esta noción jurídica del poder, ella retiene la noción de Ley. Butler no renuncia al psicoanálisis como corpus teórico del cual extrae categorías explicativas, y este apego al psicoanálisis le impide asumir el proyecto foucaultiano de forma plena. Ya no se trata de un arriba y un abajo, sino de un centro y una zona abyecta de exclusión. Su afirmación respecto a que no existe nada independiente o por fuera del poder eclipsa la posibilidad de pensar relaciones de fuerza, de tensión entre diversos puntos, movimientos que tienen lugar permanentemente y cambian constantemente. Nuevamente, asistimos al conflictivo intento de conciliación entre aportes del psicoanálisis y elementos del pensamiento de Foucault. Este intento de anudamiento es esbozado en varios segmentos de su pensamiento (Butler, 1997b; Martínez, 2013), y no sólo parece un proyecto teórico problemático, sino que la vuelve extranjera en ambos territorios teóricos.

Butler no renuncia a la idea de exclusión como componente fundamental de su teoría. Esto imprime, al mismo tiempo una lectura particular de Foucault no del todo riguroso con la forma en que este pensador plantea el poder en su vertiente productiva. Butler plantea la posibilidad de usos no normativos del discurso capaz de torcer el cuello a la exclusión y, así, restablecer positividad excluida, es decir sujetos cuyas identidades se encuentran al margen de los principios de inteligibilidad que dicta la norma. Sin embargo, la posibilidad de historizar la norma hegemónica tropieza, puesto que finalmente Butler no parece poder explicar una transformación radical de las estructuras normativas. La forma en que Butler acude al psicoanálisis crea una versión del historicismo y de la transformación social que perturba su proyecto político. Butler depende demasiado de una idea de exclusión vinculada de manera plena al lenguaje y a la determinación de la positividad de sus significados. Butler opta por inundar al sujeto con la contingencia bajo la creencia de que esta operación le permite acceder al historicismo. Sin embargo, podemos problematizar esta opción y ver en ella la destrucción de cualquier posibilidad de resistencia, de agencia política fuerte, y de transformación social. Butler no acuerda con la forma en que el psicoanálisis –al menos en las versiones con las que ella dialoga– atiende al dilema del cambio social a partir de asignar a la psique un grado mínimo de contingencia, el grado necesario que posibilita la resistencia. El psicoanálisis nos

enseña que la contingencia no salda, por sí misma, el problema del ahistoricismo.

Tal vez la aproximación hacia la categoría de agencia más interesante presente en el pensamiento de Butler refiere a aquella que sitúa las posibilidades de acción política transformadora como una “improvisación dentro de una escena restrictiva” (Butler, 2004a, p. 1). Sin embargo, para Butler, las transformaciones de la norma siempre son desde la norma. La autora afirma que “dado que la agencia del sujeto no es una propiedad del sujeto, una voluntad o una libertad inherentes, sino un efecto del poder, está limitada pero no determinada a priori” (Butler, 1997a, p. 139). Butler sospecha del psicoanálisis cuando éste sugiere zonas extradiscursivas como garantía del cambio. Lejos de ser ahistórico o políticamente quietista, la mirada psicoanalítica sobre la formación del sujeto proporciona una explicación capaz de hacer rodar el historicismo sobre una base firme. Como fuere, la complejidad del planteo psicoanalítico, y la forma en que se escenifica dentro de la propuesta butleriana actúan como un exceso que desarticula cualquier clausura, forzándola a la producción teórico-política continua.

Es preciso enfatizar que uno de los problemas del pensamiento de Butler reside en su rechazo a lo Real. No es mi intención, tampoco mi objetivo, defender las consecuencias teóricas ni políticas del pensamiento de Lacan en detrimento del valor teórico y político del pensamiento de Butler para aquellos que no acceden a condiciones de vida vivibles. Pero sí quiero señalar que el rechazo de lo Real se vuelve sintomático de su imposibilidad de abandonar el registro de positividad para admitir la fuerza teórica y política de una pura negatividad. Expresiones de Lacan que refieren a que lo Real siempre está en su lugar, o que lleva su lugar pegado a la suela de sus zapatos (Lacan, 1988a), invoca metáforas espaciales, que alimentan el sentido de su intratabilidad, de las que Butler reniega. Es preciso notar que, a pesar del indudable sello original del pensamiento de Butler, podemos detectar que su vocabulario es de cuño foucaultiano. Incluso sus argumentos siempre tienden a ubicar las matrices de poder y la resistencia que se interpenetran en los discursos sobre la sexualidad y el género. Por tanto, su pensamiento hereda una corriente incrustada en el pensamiento foucaultiano –que bien podríamos denominar como Foucault contra el psicoanálisis– que pone límites a los coqueteos butlerianos con Freud y Lacan.

Butler se puede en un campo de positividad. Por ello concibe la sexualidad como un régimen de verdad (Foucault, 1976/2008) que admite la posibilidad de una reconfiguración perpetua mediante resignificación lingüística. Finalmente, el anhelado trastrocamiento radical de las estructuras normativas se guía por la búsqueda incorporar a los marcos de inteligibilidad discursiva las existencias abyectas que habitan los márgenes. Desde mi punto de vista es preciso defender un giro negativo, o antisocial, dentro de la teoría queer (Halberstam, 2008; Bernini, 2015). Aquella negatividad entendida como una fuerza circulante, descompletante de cualquier pretensión de totalizar un sentido pleno en su positividad. Esto supone una consideración de aquello que el psicoanálisis, en la versión de su padre fundador, ha postulado como pulsión de muerte. Lejos de entenderla como una

disposición externa volviéndose contra la vida psíquica, el giro negativo acentúa la idea de pulsión de muerte como la vida misma deteniéndose, disminuyendo velocidad, desarticulándose. Una fuerza acéfala que trabaja en la dirección opuesta a la integración en unidades mayores y más complejas, puesto que siempre tiende a un retorno al estado original propio de la materia inorgánica (*Freud, 1920/1979*).

Intelectuales subsidiarios al giro queer negativo, como Bersani (2009) y Edelman (2004), apelan a la pulsión en su aproximación a lo queer. Encuentran allí una fuerza constante que pugna por desarticular lo simbólico. Así, privilegiar aquel aspecto que tiende hacia la muerte de la sociedad mediante la ineludible transgresión de la ley, los conduce al rechazo de cualquier lógica de inclusión. Halberstam (2008) sostiene que el giro negativo en la teoría queer produce un cambio contra intuitivo y crucial en el pensamiento, pues se aleja de cualquier proyecto de redención, reconstrucción, restauración y recuperación. Se puede decir que el giro antisocial divide a los teóricos queer en dos campos: quienes luchan por la transformación del orden social hetero-normativo con la finalidad de lograr grados de inclusión mayor, y así alcanzar la igualdad de derechos –Butler se encuentra de este lado–, y quienes se niegan a hacerlo. La narrativa de inclusión recibe una profunda crítica desde esta línea emergente del pensamiento queer organizada bajo los aspectos que el pensamiento de Butler rechaza, pues toda versión de la inclusión recicla, a criterio de Halberstam, fundamentos auto celebratorios del humanismo liberal que absorbe la alteridad radical en categorías normalizadoras.

Afirmar la posibilidad de un poder transformador del orden social, en el que los seres humanos se proyectan en un futuro donde la libertad es una realidad para la que se espera que trabajemos, no tiene asidero para quienes abrazan el carácter antisocial con que la pulsión de muerte nos enfrenta. La negatividad entendida como aquella fuerza descompletante, intrínseca a la pulsión de muerte, aniquila toda esperanza de redención como producto de la cooperación humana. Esta perspectiva hiere cualquier proyección de futuro en el que pueda proyectarse la inclusión de aquellas franjas poblacionales oprimidas.

La crítica que emerge desde este posicionamiento queer señala que no se trata de traer cada vez más sujetos al ámbito social de lo reconocible, lo pensable o lo inteligible. La inclusión no debiera, desde este punto de mira, configurar un objetivo queer. Más bien debiera centrar su fuerza crítica en aquello imposible de ser subsumido en lo simbólico, aquello que en su negatividad radical estructura a cada sujeto y al orden social. Así lo queer se aleja de toda comprensión centrada en identidades que caen bajo el sello de la otredad y pagan, así, el precio de la exclusión.

Lo queer debe pensarse como aquella ajenidad radical, imposible de ser apesada bajo los términos identitarios con los que nos provee el lenguaje. Aquel resto que desarticula la pretensión de coherencia de cualquier identidad. Es preciso delinear una teoría queer que dialogue con aquello con lo que el psicoanálisis nos provee en su especificidad, y que no permite distinguir aquella mirada que entiende las identidades como un significado incompleto e inestable, respecto de aquella otra que

abrazo el fracaso, la contradicción y la inevitable imposibilidad del significado que se (des)articula en las identidades.

Referencias

- Austin, J. (1962/2008). *Cómo hacer cosas con palabras. Palabras y acciones*. Paidós.
- Barad, K. (2007). *Meeting the universe halfway: Quantum physics and the entanglement of matter and meaning*. Duke University Press.
- Bennett, J. (2009). *Vibrant matter. A political ecology of things*. Duke University Press.
- Berger, A-E. (2016). *El gran teatro del género. Identidades, sexualidades y feminismos*. Mardulce.
- Bernini, L. (2015). *Apocalipsis queer: elementos de teoría antisocial*. Egales.
- Bersani, L. (2009). *Is the rectum a grave? And other essays*. University of Chicago Press.
- Boyle, C. (2012). Post-queer (un)made in France? *Paragraph*, 35(2), 265-280. [HTTPS://DX.DOI.ORG/10.3366/PARA.2012.0057](https://dx.doi.org/10.3366/PARA.2012.0057)
- Butler J. (1990). *Gender trouble. Feminism and the subversion of identity*. Routledge.
- Butler, J. (1993). *Bodies that matter. On the discursive limits of sex*. Routledge.
- Butler, J. (1997a). *Excitable speech. A politics of the performative*. Routledge.
- Butler, J. (1997b). *The psychic life of power. Theories in subjection*. Stanford University Press.
- Butler, J. (2004a). *Precarious life: The powers of mourning and violence*. Verso.
- Butler, J. (2004b). *Undoing gender*. Routledge.
- Butler, J. (2009). *Frames of war. When life is grievable?* Verso.
- Campagnoli, M. (2013). La noción de quiasmo en Judith Butler: para una biopolítica positiva. *Nómadas*, 39, 47-61.
- Cavarero, A. (2000). *Relating narratives: Storytelling and selfhood*. Routledge.
- Clark, I. (2001). "Measure for measure": Chiasmus, justice, and mercy. *Style*, 35(4), 659-680.
- Copjec, J. (1989). The orthopsychic subject: Film theory and the reception of Lacan. *October*, 49, 53-71. [HTTPS://DX.DOI.ORG/10.2307/778733](https://dx.doi.org/10.2307/778733)
- Copjec, J. (2015). *Read my desire. Lacan against historicists*. Verso.
- Cusset, F. (2005). *French theory, Foucault, Derrida, Deleuze & cia. y las mutaciones de la vida intelectual en Estados Unidos*. Melusina.
- Derrida, J. (1967/2000). *De la gramatología*. Siglo XXI.
- Edelman, L. (2004). *No future: Queer theory and the death drive*. Duke University Press.
- Femenías, M. L. (2003). *Judith Butler: introducción a su lectura*. Catálogos.
- Femenías, M. L. y Casale, R. (2017). Butler: ¿Método para una ontología política? *Isegoría*, 56, 39-60. [HTTPS://DX.DOI.ORG/10.3989/ISEGORIA.2017.056.02](https://dx.doi.org/10.3989/ISEGORIA.2017.056.02)
- Foucault, M. (1976/2008). *La voluntad de saber. Historia de la sexualidad. Vol I*. Siglo XXI.
- Freud, S. (1920/2001). Más allá del principio de placer. En sus *Obras Completas* (9ª Reimpresión), Tomo XVIII (pp. 1-62). Amorrortu.
- Halberstam, J. (2008). The anti-social turn in queer studies. *Graduate Journal of Social Science*, 5(2), 140-156.
- Johnson, P. (2005). Improvisation and constraint: New works by Judith Butler. *Sociology*, 39(4), 755-759. [HTTPS://DX.DOI.ORG/10.1177/0038038505056033](https://dx.doi.org/10.1177/0038038505056033)
- Lacan, J. (1988a). *Escritos I*. Siglo XXI.
- Lacan, J. (1988b). *El seminario de Jacques Lacan. Libro 7. La ética del psicoanálisis 1959-1960*. Paidós.
- Lorey, I. (2017). *Disputas sobre el sujeto. Consecuencias teóricas y políticas de un modelo de poder jurídico: Judith Butler*. La Cebra.

- Martínez, A. (2013). 'El grano de arena en el centro de la perla'. Registros de la identificación y formación del sujeto en Judith Butler. En M.L. Femenías, V. Cano y P. Torricella (Comps.), *Judith Butler, su filosofía a debate* (pp. 213-240). FFyL/UBA.
- Martínez, A. (2015a). La tensión entre materialidad y discurso: la mirada de Judith Butler sobre el cuerpo. *Cinta Moebio*, 54, 325-335. [HTTPS://DX.DOI.ORG/10.4067/s0717-554x2015000300009](https://dx.doi.org/10.4067/s0717-554x2015000300009)
- Martínez, A. (2015b). Una huida de lo Real. Vuelcos y rupturas de las referencias psicoanalíticas en el pensamiento de Judith Butler. En M.L. Femenías y A. Martínez (Comps.), *Judith Butler: las identidades del sujeto opaco* (pp. 187-214). EDULP.
- McNay, L. (1999). Subject, psyche and agency: The work of Judith Butler. *Theory, Culture & Society*, 16(2), 175-193. [HTTPS://DX.DOI.ORG/10.1177/02632769922050467](https://dx.doi.org/10.1177/02632769922050467)
- Rothenberg, M. (2010). *The excessive subject: A new theory of social change*. Polity Press.
- Schippers, B. (2014). *The political philosophy of Judith Butler*. Routledge.
- Sedgwick, E. (1993). Queer performativity: Henry James's the art of the novel. *GLQ: A Journal of Lesbian and Gay Studies*, 1(1), 17-32. [HTTPS://DX.DOI.ORG/10.1215/10642684-1-1-1](https://dx.doi.org/10.1215/10642684-1-1-1)
- Shoshana, F. (1983). *The literary speech act: Don Juan with J. L. Austin, or seduction in two languages*. Cornell University Press.
- Shoshana, F. (2003). *The scandal of the speaking body*. Stanford University Press.
- Vacarezza, N. (2011). Figuraciones del cuerpo con género. Paralelismo y quiasmo. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, 3(6), 33-43.
- Žižek, S. (2006). *The parallax view*. The MIT Press.